

Año de
1532.

un templo del sol, cercado el todo de una fuerte muralla de tierra. Despues de haber apostado sus tropas en este punto ventajoso, despachó á su hermano Fernando y á Hernando de Soto al campamento de Atahualpa, retirado de la ciudad como una legua, con encargo de reiterar las seguridades que Pizarro habia ya dado de sus disposiciones pacificas, y de pedir una entrevista con el Inca, á fin de esplicarle con estension las intenciones que eran objeto de la venida de los Españoles. Los enviados fuéron recibidos con las atenciones de hospitalidad que los Peruanos hubieran empleado respecto á sus mejores amigos, y Atahualpa les prometió pasar al dia siguiente á visitarlos en su cuartel. El talante apuesto del monarca, el órden que reinaba en su corte, y el respeto con que sus vasallos se acercaban á su persona y ejecutaban sus órdenes, admiráron á los Españoles, que nada habian visto hasta entónces superior á los caciques de algunas tribus salvages; pero sus miradas se dirigieron con preferencia á las inmensas riquezas que se veian con profusion en el campo del soberano. Los adornos con que estaban decorados el Inca y las personas de su comitiva, los vasos de oro y plata en que se sirvió el banquete á que convidáron á los Españoles, y la multitud de utensilios de toda especie, fabricados con estos preciosos metales, fuéron para ellos un espectáculo que sobrepujaba todas las ideas de opulencia que podia formar un Europeo del siglo décimo sexto.

Año de
1532.

A su vuelta á Caxamarca, la imaginacion inflamada aun de la escena que acababan de presenciarse, y escitada mas y mas su codicia, hicieron á sus compañeros una descripcion tan halagüeña de lo que habian visto, que Pizarro se confirmó en la resolucion que tenia tomada. Sabia por las observaciones que habia hecho por sí acerca de las costumbres de los pueblos del Nuevo Mundo, y por el ejemplo de Cortés, de que importancia debia serle el apoderarse de la persona del Inca, y para lograrlo formó un plan tan arriesgado como perverso. Burlandose del carácter con que él mismo se habia revestido anunciandose como embajador de un príncipe poderoso que solicitaba la alianza del Inca, y despreciando las repetidas seguridades de amistad que le habia dado, y los ofrecimientos de servirle que le hiciera, resolvió prevalerse de la franca confianza con que Atahualpa contaba con sus protestas, y apoderarse de la persona de este príncipe en la entrevista á que le habia invitado. Preparó la ejecucion de su plan con tanta serenidad y con tan poco escrúpulo como si esta traicion no debiese redundar un dia en su propio deshonor y en el de su patria. Dividió la caballería en tres escuadrones pequenos á las órdenes de Fernando su hermano, de Soto y de Benalcazar: su infantería formaba un solo cuerpo; cerca de sí no conservó mas que veinte de sus soldados mas determinados, para que le auxiliasen en la peligrosa empresa que se reservaba; y la artillería, que consistia en dos piezas de cam-

Año de 1532. paña (1), fué colocada con los arcabuceros frente al camino por donde el Inca debía venir. Todos tuvieron orden de no salir de sus puestos, ni de hacer movimiento alguno, hasta que se diese la señal de la accion.

16 de
Noviem.

El campo de los Peruanos se puso en movimiento desde el amanecer; pero como Atahualpa quería presentarse con el mayor aparato y magnificencia en su primera entrevista con estos extranjeros, los preparativos de su marcha fueron tan largos que el día estaba ya bastante entrado cuando esta comenzó; y aun entónces se hizo con tanta lentitud, para que no fuese alterado el orden, que Pizarro, lleno de impaciencia y temiendo que alguna sospecha por parte de Atahualpa no fuese la causa de este retardo, le despachó un oficial para que de nuevo le asegurase de sus intenciones amigables. Mientras tanto el Inca se aproximaba: venia precedido de cuatrocientos hombres, uniformemente vestidos, especie de correos que abrian el paso: sentado el mismo sobre un trono ó lecho, adornado de plumas de varios colores, casi cubierto de chapas de oro y de plata enriquecidas con piedras preciosas era traído sobre los hombros de sus principales cortesanos; muchos de sus primeros oficiales le seguian traídos del mismo modo; varios coros de bailarines y cantores acompañaban á la comitiva, y toda la llanura estaba cubierta de tro-

(1) Xerez, pág. 194.

pas en número de mas de treinta mil hombres. Año de 1532.

Luego que el Inca estuvo cerca del cuartel de los Españoles, el P. Vicente Valverde, capellan de la espedicion, le salió al encuentro con un crucifijo en una mano y el breviario en la otra; y dirigiendole la palabra, espuso al monarca en un largo discurso la doctrina de la creacion, la caída del primer hombre, la encarnacion, pasion y resurreccion de Jesucristo, la eleccion que Dios hizo de San Pedro para constituirle su primer vicario en la tierra, la potestad de este transmitida á los Papas, y la donacion hecha al Rey de Castilla por el Pontifice Alejandro de todas las regiones del Nuevo Mundo. Despues de haber explicado toda esta doctrina, intimó á Atahualpa que abrazase la religion cristiana, que reconociese la autoridad suprema del Papa, y al Rey de Castilla como á su legítimo soberano, prometiendole, si se sometia, que el Rey su señor tomaria el Perú bajo su proteccion, y que le permitiria continuar reinando; pero declarandole la guerra, y amenazandole con la mas terrible venganza, si rehusaba obedecer, y si perseveraba en su impiedad.

Este estraño discurso, que contenia misterios incomprensibles y hechos desconocidos de los cuales toda la humana elocuencia no podia dar en tan poco tiempo una idea clara á un Americano, fué tan mal vertido por el intérprete, que entendia muy poco el español, y que no podia explicarse con claridad en la lengua del Inca, que Atahualpa no comprendió casi nada,

Año de 1532. y solamente algunos puntos de la arenga de Valverde mas fáciles de entenderse le llenaron de espanto y de indignacion. Su respuesta sin embargo fué moderada: comenzó por hacerle notar que él era señor de su reino por derecho de sucesion, y que no podía concebir como un sacerdote extranjero pretendia disponer de lo que no le pertenecia; que si existia la supuesta donacion, no queria confirmarla, siendo como era él legítimo propietario: que no estaba dispuesto en manera alguna á renunciar á la religion que habia recibido de sus mayores, ni á abandonar el culto del sol, divinidad inmortal adorada por él y por su pueblo, por adorar el Dios de los Españoles, que estuvo sujeto á la muerte; que con respecto á los demas puntos tratados en el discurso del arengador, nunca habia oido hablar de ellos, y que no los entendia, pero que deseaba saber en donde habia aprendido Valverde cosas tan extraordinarias. *En este libro*, respondió el capellan presentandole su breviario. El Inca tomó el libro con precipitacion, y despues de haber pasado algunas hojas, le acercó á la oreja: « Esto que me dais » no habla ni me dice nada, » replicó Atahualpa tirando el libro á tierra con desprecio. El fraile furioso entónces corre á sus compañeros, y les dice: « A las armas, cristianos; la palabra de » Dios ha sido profanada; vengad este crimen » en estos perros infieles. » (1)

(1) Vease la Nota 34.

Año de 1532. Pizarro, que durante este largo discurso tuvo mucho trabajo en contener á sus soldados impacientes por caer sobre las riquezas que tenian á la vista, dió la señal del ataque. Al momento se oyéron los instrumentos militares de los Españoles; los cañones y los mosquetes comenzaron á disparar, la caballería se abalanzó, y la infantería se arrojó sobre los Peruanos espada en mano. Los infelices Americanos, espantados con un ataque tan repentino é inesperado, aterrados por los terribles efectos de las armas de fuego y por la irresistible impetuosidad de la caballería, huyéron sin intentar defenderse. Pizarro, á la cabeza de su tropa escogida, se dirige al Inca; y aunque los grandes de su comitiva le rodearon é hicieron un escudo con su cuerpo, sacrificandose á porfía por defenderle, llegó muy pronto hasta él, y tomandole por el brazo, le hizo bajar de su trono y le llevó á su cuartel. La prision del monarca decidió la huida de todas sus tropas: los Españoles las persiguieron por todas partes, y continuaron destrozando á sangre fria y con una barbaridad refleja á unos miserables fugitivos que no oponian resistencia alguna. La mortandad acabó con el día; mas de cuatro mil Peruanos quedaron muertos, sin pérdida alguna de parte de los Españoles, y solamente Pizarro fué ligeramente herido en la mano por uno de sus soldados que se arrojó con precipitacion á la persona del Inca (1). Las

(1) Vease la Nota 35.

Año de
1532.

riquezas recogidas en el pillage del campo escedieron á todas las ideas que los Españoles habian formado del Perú, y este feliz resultado los enagenó tanto, que pasáron la noche en el delirio de una insensata alegría, propia de miserables aventureros que adquirian en tan poco tiempo una fortuna extraordinaria.

Apénas podia el Inca, en los primeros momentos de su cautiverio, creer un acontecimiento tan inesperado; pero luego conoció todo el horror de su destino, y su abatimiento fué proporcionado á la altura de que acababa de caer. Temiendo Pizarro perder las ventajas que podia sacar de la posesion de un prisionero de tamaña importancia, cuidó de consolarle con demostraciones de dulzura y de respeto que desmentian sus acciones. El Inca, viviendo entre los Españoles, percibió desde luego la pasion que les dominaba y que no procuraban ocultar; creyó poder servirse de ella para conseguir su libertad, y en esta virtud les ofreció un rescate que los dejó asombrados, á pesar de lo que conocian ya de la riqueza de su reino. La habitacion en que estaba custodiado tenia veinte y dos piés de largo, y diez y seis de ancho: se obligó pues á llenarla de vasos y utensilios de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar un hombre. Pizarro aceptó sin vacilar unas ofertas tan lisonjeras, y se tiró una línea por las paredes del aposento para señalar la altura á que debía elevarse el tesoro prometido.

Atahualpa, transportado de gozo por la espe-

Año de
1532.

ranza de recobrar su libertad, tomó inmediatamente las medidas necesarias para cumplir lo ofrecido. Despachó mensageros á Cuzco, á Quito y á los lugares en que abundaba el oro, fuese en los templos, fuese en los palacios de los Incas, y les dió orden de traer directamente á Caxamarca el precio señalado por su rescate. Aunque estuviese prisionero y en poder de sus enemigos, los Peruanos estaban tan acostumbrados á respetar las órdenes de sus soberanos, que obedecieron con la mayor prontitud. Tranquilizados con la esperanza de ver muy luego libre á su Rey, no quisieron poner en peligro la vida de este formando alguna tentativa para libertarle; y aunque las fuerzas del imperio estaban aun enteras, no se hicieron preparativos, ni se reuniéron tropas para defender el estado, ni para vengar á su soberano (1). Los Españoles pues no fuéron inquietados en Caxamarca, y Pizarro despachó á las provincias distantes pequeños destacamentos que, lejos de encontrar resistencia, fuéron recibidos en todas partes con demostraciones de respeto y de sumision (2).

Por poco numerosos que fuesen estos destacamentos, y por grande que fuese el deseo que Pizarro tenia de conocer un poco lo interior del pais, se hubiera guardado muy bien de debilitar asi su cuerpo de tropas, si al mismo tiempo no

Diciemb.

(1) Xerez, 205.

(2) Vease la Nota 36.

Año de
1532.

hubiese tenido noticia de que Almagro habia desembarcado en San Miguel con un refuerzo que casi duplicaba sus fuerzas (1). La llegada de este socorro dió tanto cuidado al Inca como agradó á los Españoles : el monarca prisionero veia aumentarse el número de sus enemigos, y como no sabia de donde procedían estos estrangeros, ni por que medios llegaban al Perú, le era imposible prever cual seria el término de la inundacion que caia sobre sus estados. Miétras estaba atormentado con estas inquietudes, supo que algunos Españoles marchando ácia Cuzco habian visitado á su hermano Huascar en el lugar en que estaba prisionero ; que este príncipe les manifestó la justicia de su causa, y que por determinarles á tomar su defensa les ofreció una cantidad de oro mucho mayor que la prometida por el rescate de su hermano. Atahualpa conoció que su pérdida era inevitable si los Españoles daban oidos á estas proposiciones ; y temiendo que su insaciable avaricia se inclinase en favor de Huascar, resolvió sacrificar la vida de este por salvar la suya : en cuya virtud dió las órdenes para ello, que fuéron ejecutadas con escrupulosa puntualidad (2).

Entretanto los Indios cargados de oro llegaban diariamente á Caxamarca de todas las provincias del reino. La mayor parte de la cantidad en que

(1) Xerez, 204. Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 1, 2.*

(2) Zarate, *lib. II, cap. 6.* Gomara, *Hist. cap. 115.* Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 2.*

Año de
1533.

se conviniéron estaba ya reunida, y Atahualpa aseguraba á los Españoles que si todo su rescate no estaba aun pronto á serles entregado, consistia en la distancia de los lugares de donde era necesario traerle ; pero estos montones de oro, que se ofrecian continuamente á los ojos de los soldados, irritaban de tal modo su codicia, que se hacia imposible contener mas tiempo la impaciencia que tenian de entrar en su posesion. Se fundieron todos los vasos y utensilios, á escepcion de algunas piezas de curiosa labor que se reservaron para el Rey de España ; y despues de haber separado el quinto debido á la corona y cien mil pesos destinados á los soldados que venian en compañía de Almagro, quedó partible entre Pizarro y sus compañeros la suma de un millon quinientos veinte y ocho mil y quinientos pesos. El dia de la festividad de Santiago, patron de España, fué señalado para la reparticion de esta inmensa cantidad ; y por el modo con que se hizo, se viene en conocimiento de esta estravagante mezcla de fanatismo y de rapacidad, que mas de una vez hemos tenido ocasion de hacer notar como uno de los rasgos mas característicos de los conquistadores del Nuevo Mundo. Reunidos para repartirse los despojos de un pueblo inocente, arrancados por el engaño, por la violencia y por la crueldad, comenzaron invocando el nombre santo del Señor (1), y pidiendo al cielo luces para hacer la distribucion

(1) Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 3.*

Año de
1533.

de estos frutos de iniquidad. Cada soldado de caballería tuvo por su parte ocho mil pesos, y cuatro mil cada infante. Pizarro y sus oficiales tomaron partes proporcionadas á su clase.

La historia no ofrece otro ejemplar de una fortuna tan repentina adquirida por el servicio militar, ni jamas tamaño botin se repartió entre tan corto número de soldados. Muchos de ellos, viendose recompensados de sus trabajos mas de lo que esperaban, manifestaron tanta impaciencia por retirarse de las penas y fatigas de la guerra á pasar el resto de sus dias en su patria, que pidieron su licencia á gritos y con instancia. Pizarro, juzgando que no podia esperar de los asi mal dispuestos ni valor en los combates, ni sufrimiento en los trabajos, y convencido ademas de que, en cualquiera parte adonde fuesen, el espectáculo de su riqueza induciria á otros aventureros mas pobres y mas valientes á venir á tomar plaza en sus banderas, les otorgó sin dificultad su demanda, y permitió á mas de sesenta de ellos el que acompañasen á Fernando su hermano, que pasaba á España con el objeto de presentar al Emperador la relacion de sus victorias y los magnificos regalos que le destinaba (1).

El Inca, repartido su rescate entre los Españoles, les exigió el cumplimiento de la promesa que se le habia hecho de ponerle en libertad; pero

(1) Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 4.* Vega, *p. 2, lib. I, cap. 38.*

Año de
1533.

nada habia mas ageno del pensamiento de Pizarro. Haciendo la guerra en el Nuevo Mundo, se habia acostumbrado, como todos sus compatriotas, á mirar á los Americanos como á seres de una especie inferior, que no merecian el nombre de hombres, y que ni aun tenian los mismos derechos. En la convencion con Atahualpa, solamente se habia propuesto entretener á su prisionero, á fin de que la esperanza de recobrar su libertad le indujese á prestarle su autoridad para recoger las riquezas de su reino. Verificado esto, no volvió á acordarse de lo que habia prometido; y mientras que el crédulo príncipe esperaba subir pronto á su trono, Pizarro tenia resuelto secretamente quitarle la vida. Varias circunstancias parecen haberle determinado á cometer este crimen, uno de los mas bárbaros y mas atroces con que los Españoles se mancharon en la conquista de la América.

Pizarro, queriendo imitar la conducta que Cortés habia observado con el soberano de Méjico, carecia de los talentos necesarios para seguir con acierto el mismo plan. Como no tenia la maña ni la moderacion que hubieran podido proporcionarle la confianza de su prisionero, no supo aprovecharse de la ventaja de estar en posesion de su persona y de su autoridad: es verdad que Atahualpa manifestaba mas discernimiento que Moctezuma, y que parecia haber conocido mejor el carácter y las miras de los Españoles; y esta es sin duda la razon por que las sospechas y la

Año de
1533.

desconfianza se establecieron desde luego entre él y ellos. El cuidado con que era necesario guardar un prisionero de tanta importancia aumentaba mucho las dificultades del servicio militar, mientras que la ventaja que se sacaba de su prision parecía de poca importancia; y Pizarro miró desde entónces el Inca como una carga de que creía deber libertarse (1).

Almagro y sus compañeros solicitaron tener la misma parte que Pizarro y los suyos en el rescate del Inca; y aunque los reciénvenidos, como hemos visto mas arriba, participaron del botin, y su gefe recibió ricos presentes, todos estaban descontentos. Temian que, mientras Atahualpa estuviese en prision, los soldados de Pizarro reputasen los tesoros que podrian reunirse en lo sucesivo como suplemento de lo que faltaba para completar el rescate del Inca, y que bajo este pretesto pretendiesen apropiarselos por entero: pedían pues su muerte, á fin de que todos los aventureros del Perú estuviesen en adelante bajo el mismo pié, y tuviesen iguales derechos (2).

El mismo Pizarro comenzaba á inquietarse con las noticias que recibia de las provincias distantes del imperio, en donde se reunian tropas, quizás por efecto de las órdenes dadas por Atahualpa; y estos temores y sospechas eran fo-

(1) Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 4.*(2) Zarate, *lib. II, cap. 7.* Vega, *p. 2, lib. II, cap. 7.* Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 4.*

mentados por los artificios de Felipillo, uno de los Indios que Pizarro llevó de Tumbes en 1520, para que le sirviese de intérprete. Esta funcion, que le proporcionaba ver familiar y frecuentemente al monarca prisionero, le infundió la osadía de dirigir sus miras, á pesar de su baja estraccion, ácia una *Coya* ó hija del sol, una de las mugeres de Atahualpa; y desesperando de poder obtenerla mientras viviese el monarca, concibió Felipillo el proyecto de inducir á los Españoles á quitarle la vida, atemorizandoles continuamente con los designios secretos de su prisionero, y hablandoles sin cesar de los preparativos que hacia contra ellos.

Al mismo tiempo que Almagro y sus compañeros pedian decididamente la muerte del Inca, y que Felipillo trabajaba por perderle, este desgraciado príncipe contribuia imprudentemente á acelerar su ruina. Durante su cautividad concibió un afecto particular por Fernando Pizarro y por Hernando de Soto, que, habiendo recibido mejor educacion que los otros aventureros, se conducian con respecto á él atenta y decentemente: tranquilizado por el respeto que le manifestaban estos oficiales de una clase distinguida entre los Españoles, gustaba de su sociedad; pero en presencia del gobernador aparecia tímido y embarazado, y al temor se añadió muy pronto el desprecio por Pizarro. Entre las artes de la Europa, la de leer y de escribir le causaba la mayor admiracion; hacia mucho tiempo que deseaba saber si este era un talento natural ó ad-

Año de
1533.

Año de
1533.

quirido; para salir de dudas, rogó á uno de los soldados que le guardaban escribiese en la uña de su dedo pulgar el nombre de Dios; manifestó en seguida estos caracteres á varios Españoles preguntandoles su significacion, y con grande admiracion suya todos sin vacilar le diéron la misma respuesta. Entrando Pizarro un día en la habitacion del Inca, este le presentó su pulgar: el gobernador se avergonzó, y se vió forzado á confesar con cierta confusion su ignorancia; mas Atahualpa le miró desde aquel momento como un hombre sin mérito, menos instruido que sus soldados, y no tuvo habilidad para ocultar los sentimientos que este descubrimiento le habia inspirado. El general fué tan vivamente herido de verse menospreciado por un bárbaro, que juntandose su resentimiento á todos los otros motivos, resolvió hacer perecer al prisionero (1).

Mas para dar alguna apariencia de justicia á una accion tan violenta, y para no ser él solo responsable á los ojos de su soberano, Pizarro resolvió hacer juzgar al Inca segun las formas observadas en España en las causas criminales. El mismo y Almagro con dos consejeros fuéron sus jueces, con absoluto poder para absolver ó condenar: un fiscal hizo la acusacion á nombre del Rey; se dió al acusado un abogado para su defensa, y se nombráron escribanos con el en-

(1) Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 4.* Vega, *p. 2, lib. I, cap. 38.*

Año de
1533.

cargo de redactar las actas del proceso. A este ridículo tribunal se presentáron acusaciones aun mas ridículas, que consistian en varios artículos: Atahualpa, aunque bastardo, habia usurpado el trono y hecho morir á su hermano, su soberano legítimo: era idólatra, y no solamente permitia sino que aun mandaba sacrificios humanos: tenia un gran número de concubinas, y despues de su prision habia disipado y estraviado fraudulentamente los tesoros del imperio, que pertenecian á los Españoles por derecho de conquista, escitando ademas á sus vasallos á tomar las armas contra ellos. Entre estos cargos de acusacion, algunos eran tan extravagantes y absurdos que no se sabe que admirar mas, si la desvergüenza ó la iniquidad de Pizarro, el cual hacia de ellos el fundamento de una causa criminal á la que sometia el soberano de un grande imperio sobre quien no tenia jurisdiccion alguna. Los testigos fuéron examinados acerca de todos estos artículos; pero como hacian las deposiciones en su idioma, Felipillo, encargado de la interpretacion, podia darlas el sesgo que mas favoreciese sus pérfidas intenciones. Estos testimonios parecieron convincentes á unos jueces cuya opinion estaba formada de antemano: falláron pues que Atahualpa era culpable, y le condenáron á ser quemado vivo. El P. Valverde prostituyó sus sagradas funciones hasta el punto de confirmar esta sentencia con la autoridad de su ministerio y de aprobarla con su firma. Abrumado de su destino, Ata-

Año de
1533.

hualpa se esforzó en obtener con lágrimas, promesas y súplicas, ser enviado á España, en donde un monarca sería su juez; pero la piedad era un sentimiento desconocido al cruel Pizarro. Este ordenó que la sentencia se ejecutase inmediatamente; y la amargura de los últimos momentos del infeliz príncipe se aumentó viendo que el mismo fraile, que acababa de ratificar su condenación, se presentó á consolarle, é intentó convertirle. El argumento mas fuerte de que se sirvió el P. Valverde para convencer al Inca de la necesidad en que estaba de abrazar la religion cristiana, fué la promesa de que se templaría el rigor de su suplicio. El temor de una muerte cruel le arrancó la peticion del bautismo; se le administró en efecto, y Atahualpa, en lugar de ser quemado, fué ahogado contra el mismo poste á que estaba amarrado (1).

Felizmente para el honor de la nacion española, entre estos aventureros abandonados á todos los excesos, y salidos de su patria para conquistar y desolar el Nuevo Mundo, habia aun algunos hombres que conservaban sentimientos de honor y de generosidad dignos del nombre castellano; y aunque Fernando Pizarro partió para España ántes del proceso de Atahualpa, y Soto fué despachado á un punto distante de Caxamarca, esta

(1) Zarate, *lib. II, cap. 7.* Xerez, p. 233. Vega, p. 2, *lib. I, cap. 36, 37.* Gomara, *Hist. c. 117.* Herrera, *dec. V, lib. III, cap. 4.*

Año de
1533.

cruel ejecucion no se hizo sin resistencia. Muchos oficiales, y particularmente algunos de la mayor reputacion y de familias distinguidas, representaron y aun protestaron contra este juicio, como deshonoroso á su patria, y contrario á todas las máximas de equidad: añadian que esta conducta violaba el derecho público de las naciones, y usurpaba sobre un soberano independiente una jurisdiccion á que no se tenia accion alguna. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque el número de los que creian legítimo todo lo que era ventajoso sostuvo la sentencia; mas la historia se complace en conservar la memoria de los esfuerzos que hace la virtud, aun cuando son vanos, y los escritores españoles, al referir estos acontecimientos en que el valor de sus compatriotas se manifiesta mucho mas que su humanidad, nos han transmitido los nombres de los que tomaron tanto empeño en libertar á su patria de la vergüenza de tamaño crimen (1).

Despues de la muerte de Atahualpa, Pizarro dió la investidura de la dignidad real á uno de los hijos de este príncipe, esperando que un jóven sin esperiencia llegaria á ser entre sus manos un instrumento pasivo, y que podria disponer de él con mas facilidad que de un monarca acostumbrado á mandar. Los pueblos de Cuzco y de los países adyacentes reconocieron por Inca á Manco Capac, hermano de Huascar (2); pero ni este so-

(1) Vega, p. 2, *lib. I, cap. 37.* Xerez, I, p. 235. Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 5.* — (2) Vega, p. 2, *lib. II, cap. 7.*

Año de
1533.

berano ni el otro gozaron de la autoridad de sus predecesores. Las violentas conmociones que habian agitado el imperio, en un principio con la guerra civil de los dos hermanos, y despues con la invasion de los Españoles, no solamente trastornaron el órden establecido en la administracion interior, sino que tambien casi destrozaron todos los resortes del gobierno. Cuando los Peruanos vieron á su monarca en poder de los enemigos, y perecer al fin de una muerte vergonzosa, el pueblo de varias provincias se abandonó á los mayores escesos, mirandose como esento, para lo sucesivo, de toda la sujecion á las leyes y á las costumbres (1). Atahualpa hizo perecer un número tan grande de los descendientes del sol, y los trató tan indignamente, que el influjo de los Incas sobre los pueblos se debilitó, y el respeto que se tenia á esta raza santa sufrió un grande menoscabo. Animados por estas circunstancias, algunos hombres ambiciosos se levantaron en varias partes del imperio, y aspiraron al supremo poder sin ser de la familia de los Incas. El general que mandaba en Quito de órden de Atahualpa se apoderó del hermano y de los hijos de su soberano, los hizo morir en los suplicios, y desechando toda relacion con uno y con otro Inca, formó para sí un reino separado (2).

Los Españoles vieron con mucho placer que la

(1) Herrera, *decad. V, lib. II, cap. 12; lib. III, cap. 5.*
 (2) Zarate, *lib. II, cap. 8.* Vega, *p. 2, lib. II, cap. 3, 4.*

Año de
1533.

discordia se establecia entre los Peruanos, y que la energía del gobierno perdía su accion; juzgaron estos desórdenes como anuncios de la próxima dissolution del estado; y Pizarro no vaciló en adelantarse ácia Cuzco, porque habia recibido refuerzos tan numerosos, que podia en adelante penetrar sin peligro en lo interior del pais. El repartimiento de los tesoros de Caxamarca produjo los efectos que habia previsto: luego que su hermano Fernando y los oficiales y soldados á quienes permitió dejar el servicio llevando su parte del botin, llegaron á Panamá é hicieron ostencion á los ojos de sus compatriotas de las riquezas que habian ganado, la fama de sus victorias y de sus tesoros se estendió por todos los establecimientos españoles de la costa del sur, y causó en ellos tanto efecto que los gobernadores de Guatemala, de Panamá y de Nicaragua tuvieron mucho trabajo en contener á los Españoles de sus distritos, que querian todos abandonar sus posesiones por dirigirse en tropel al inagotable manantial de riquezas que acababa de descubrirse en el Perú (1). A pesar de todas las prohibiciones, Pizarro vió llegar una multitud de aventureros, de manera que al salir para Cuzco se halló á la cabeza de quinientos hombres, despues de haber dejado una fuerte guarnicion en San Miguel á las órdenes de Benalcazar. Los Peruanos habian reunido

(1) Gomara, *Hist. cap. 125.* Vega, *p. 2, lib. II, cap. 1.*
 Herrera, *decad. V, lib. III, cap. 5.*

Año de 1533. varios cuerpos gruesos de tropas para oponerse á sus progresos: se diéron muchos combates que terminaban como todas las acciones entre los Europeos y Americanos, esto es, habia un corto número de Españoles muertos ó heridos, y los Americanos eran siempre derrotados con mucha pérdida de hombres; pero por último Pizarro entró en Cuzco y tomó posesion de la ciudad. Los tesoros hallados en ella, residuo de lo que los Peruanos habian tomado y ocultado, fuese por salvar sus templos del pillage que los habria profanado, ó fuese por odio á sus codiciosos opresores, escediéron con mucho al rescate de Atahualpa; mas como los Españoles estaban ya familiarizados con la riqueza del pais, y como el bótín debia repartirse entre un mayor número de aventureros, esta reparticion, á pesar de la gran parte que tocó á cada uno, no escitó la misma admiracion que la primera (1). Durante esta marcha ácia Cuzco, murió el hijo de Atahualpa á quien Pizarro trataba como á Inca; y como los Españoles no le sustituyéron otra persona, los derechos de Manco Capac al trono parecióron ser universalmente reconocidos (2).

Miéntras las tropas de Pizarro estaban asi ocupadas, Benalcazar, gobernador de San Miguel, hábil y valiente oficial, se avergonzaba de su inaccion, y ardía en deseos de señalarse entre los

(1) Vease la Nota 37.

(2) Herrera, *decad. V, lib. V, cap. 2.*

Año de 1533. conquistadores del Nuevo Mundo; y un cuerpo de tropas frescas, llegado oportunamente de Panamá y de Nicaragua, le puso en estado de satisfacer su pasion por las empresas. Despues de haber dejado fuerzas suficientes para la seguridad del establecimiento confiado á su cuidado, se puso á la cabeza del resto, y marchó con intencion de someter Quito, en donde, segun decian los Peruanos, Atahualpa habia dejado la mayor parte de sus tesoros. Esta ciudad distaba mucho de San Miguel, y la marcha era penosa en un pais montanoso y cubierto de bosques: fué frecuente y vivamente atacado por las mejores tropas del Perú, dirigidas por un hábil gefe; y aunque su valor, su buena conducta y su constancia superáron todos los obstáculos, y entró victorioso en Quito, sin embargo esperimentó una grande mortificacion, porque los habitantes, conociendo por sus mismas desgracias la pasion dominante de sus enemigos y el medio de frustrarla, sacáron de allí las riquezas que atraian los Españoles, y que fuéron causa de que emprendiesen esta peligrosa espedicion, y de que sufriesen y arrostrasen tantos riesgos y fatigas (1).

Benalcazar no fué el único capitán español que atacó el reino de Quito, pues la fama de los grandes tesoros que se hallaban en él le grangeó otro enemigo poderoso. Pedro de Alvarado, que

(1) Zarate, *lib. II, cap. 9.* Vega, *p. 2, lib. II, c. 9.* Herrera, *decad. V, lib. IV, cap. 11, 12; lib. V, cap. 2, 3; lib. VI, c. 3.*

Año de
1534.

Emperador con las atenciones debidas á un hombre que le traia un regalo cuyo valor escedia á todas las ideas que los Españoles tenian de la riqueza de sus adquisiciones en América, aun despues de hacer diez años que estaban en posesion de Méjico. Para recompensar los servicios de Francisco Pizarro, el Emperador le confirmó en su empleo de gobernador, añadiendo nuevos privilegios, y estendiendo los límites de su gobierno setenta leguas al sur á lo largo de las costas, mas allá de los límites fijados en su primer despacho. Almagro consiguió tambien los honores que deseaba despues de tanto tiempo, pues se le otorgó el titulo de gobernador ó adelantado, y se le dió jurisdiccion sobre doscientas leguas de pais, comenzando desde los límites meridionales del gobierno de Pizarro. El mismo Fernando no quedó sin recompensa; fué hecho caballero de la órden militar de Santiago, distincion siempre lisonjera para un noble Español, y volvió al Perú, acompañado de muchas personas mas distinguidas por su nacimiento que cuantas hasta entónces habian servido en América (1).

Antes que llegase al Perú, se recibieron algunas noticias de su negociacion. Tan pronto como Almagro supo haber obtenido del Emperador un gobierno independiente, pretendió que Cuzco, en donde residian los Incas, estaba comprendido

(1) Zarate, *lib. III, cap. 3.* Vega, *p. 2, lib. II, cap. 19.* Herrera, *decad. V, lib. VI, cap. 13.*

Año de
1534.

en él, é hizo sus preparativos para apoderarse de este importante puesto. Juan y Gonzalo Pizarro trataron de rechazarle: cada uno de estos competidores tenia un partido poderoso, y la disputa iba á decidirse con las armas, cuando Francisco Pizarro llegó á la capital. Este guerrero y Almagro nunca se habian reconciliado sinceramente, pues siempre tenia este en su memoria la perfidia con que aquel se habia hecho conceder para sí solo los honores y ventajas que debia partir con él; y no pudiendo el uno ocultarse su mala fé, no creia que su rival se la perdonase, al mismo tiempo que acordandose el otro de que habia sido engañado, buscaba ocasiones de vengarse. La codicia y la ambicion obligaron á entrámbos á suspender su odio recíproco, y aun á obrar de concierto para conseguir el poder y las riquezas; mas desde que lograron el objeto de sus deseos, las mismas pasiones que formaron esta union pasagera los dividiéron de nuevo. Cada uno de ellos estaba rodeado de cierto número de subalternos interesados en adularlos, los cuales con el artificio y con la malignidad propia de esta especie de hombres agriaban sus mutuas sóspechas, y abultaban á sus ojos las sinrazones mas ligeras; pero, á pesar de estas causas de enemistad, uno y otro conocian tan bien sus respectivos talentos, que temian igualmente las consecuencias de un rompimiento manifesto. La llegada de Pizarro á Cuzco, y la habilidad mezclada de firmeza que hizo ver en sus quejas contra Almagro y contra

Año de
1534.

sus partidarios conjuraron por entonces la tempestad: se formalizó una nueva reconciliación cuya principal condición fué que Almagro intentaría la conquista de Chile, en donde si no encontraba un establecimiento que le pareciese digno de sí, Pizarro, para indemnizarle, le cedería una parte del Perú; y esta nueva convención fué confirmada con las mismas solemnidades religiosas que la primera, y observada con la misma poca fidelidad (1).

Terminado que fué este importante negocio, Pizarro volvió á las provincias próximas al mar; y como entonces gozaba de una tranquilidad que ningun enemigo inquietaba, fuese Español ó Indio, se ocupó con el ardor y la constancia propios de su carácter en establecer un gobierno arreglado en los vastos países sometidos á su autoridad. Aunque su educación le hiciese incapaz de toda investigación acerca de los principios de la policía interior, y aunque el género de vida que había llevado hasta entonces pareciese incompatible con el orden que exige la administración, su sagacidad natural suplió al defecto de ilustración y de experiencia: dividió el país en varios distritos, y estableció magistrados en cada uno de ellos: hizo reglamentos para la administración de justicia, para la percepción de los impuestos, se acordó en ellos del trabajo de las minas, y no des-

(1) Zarate, lib. II, cap. 13. Vega, p. 2, lib. II, cap. 19. Benzo, lib. III, cap. 6. Herrera, decad. V, lib. VII, cap. 8.

Año de
1534.

cuidó el modo de tratar á los Indios. Sus leyes eran sencillas, y tenían por único objeto la pública prosperidad; mas aunque proporcionó su plan al estado de debilidad en que se hallaba la colonia, su preventivo talento tuvo presente lo futuro. Se juzgaba á sí mismo como fundador de un grande imperio, y deliberó largo tiempo con mucho cuidado acerca del punto en que debía establecer la silla del gobierno. Cuzco, residencia de los Incas, estaba situada en una estremidad del imperio, distante mas de cuatrocientas millas del mar, y aun mas apartada de Quito, provincia que le pareció de la mayor importancia. El Perú no tenía otro establecimiento que mereciese el nombre de ciudad, y que pudiese determinar á los Españoles á fijar en él su residencia; pero recorriendo el país, Pizarro quedó encantado de la belleza y fertilidad del valle de Rimac, uno de los mayores y mejor cultivados del Perú. Estableció pues la capital de su gobierno á orillas de un río pequeño llamado como el mismo valle que riega y fecunda, á seis millas del Callao, ensenada la mas cómoda del mar Pacífico, y la llamó *Ciudad de los tres reyes*, sea porque puso la primera piedra en el día en que la Iglesia celebra la fiesta de los tres reyes, ó sea, como es mas verosímil, en honor de Juana y de Carlos, soberanos de Castilla. Este nombre se conserva aun en España en todas las actas públicas; pero la ciudad es mas conocida con el de *Lima*, palabra corrompida del antiguo nombre del valle en que está situada. Por

1535.
18 de
Enero.

Año de
1535.

la diligencia de Pizarro los edificios se construyéron con tanta celeridad, que luego se vió una ciudad: y un magnífico palacio para el gobernador, y casas sólidamente edificadas para sus principales oficiales, anunciaron desde entónces su futura grandeza (1).

En consecuencia de su convencion con Pizarro, Almagro emprendió su marcha ácia Chile. Como poseia en el grado mas eminente las cualidades que atraen la admiracion del soldado, una ilimitada liberalidad y un valor intrépido, quinientos setenta hombres tomaron plaza en sus banderas. Era este el mayor cuerpo de Europeos que se habia reunido hasta entónces en el Perú. Fuese por deseo de terminar prontamente su expedicion, ó fuese por el hábito de sobrepujar todos los trabajos y de arrostrar los peligros, comun á los Españoles que habian servido algun tiempo en América, Almagro resolvió atravesar las montañas en lugar de caminar por el pais llano á lo largo de la costa. El camino era en efecto mas corto, pero casi impracticable: asi es que sus tropas sufrieron en él cuantos males puede probar la naturaleza humana, por la fatiga, por la hambre y por los rigores del clima en estas regiones elevadas de la zona tórrida, en que el frio es tan rígido como en el círculo polar. Pereció un gran número de ellos, y los que pudieron resistir y llegaron hasta las

(1) Herrera, *decad. V, lib. VI, cap. 12; lib. VII, cap. 13.* Calancha, *Crón. lib. I, c. 37.* Barneuvo, *Lima fundata, II, 294.*

Año de
1535.

fértiles llanuras de Chile, tuviéron nuevos obstáculos que vencer, porque se encontraron con hombres muy distintos de los Peruanos, intrépidos, endurecidos en los trabajos, y bastante semejantes á las naciones guerreras del norte de la América por su constitucion física y por su valor. Aunque admirados á la aparicion de los Españoles, y mas aun á la vista de su caballería y de los efectos de sus armas de fuego, los naturales volviéron pronto de su sorpresa, hasta el punto de defenderse denodadamente, y aun hasta el de asaltar á sus nuevos enemigos con mas vigor y resolucion que la manifestada por las demas naciones americanas. Los Españoles continuáron sin embargo internandose en el pais, en donde juntaron oro en abundancia, mas no pensaron en formar en él establecimiento alguno. A pesar del valor y de la habilidad de su gefe, el éxito de la expedicion era aun muy dudoso, cuando fuéron llamados al Perú por una revolucion inesperada cuyas causas vamos á poner en claro (1).

Las colonias españolas de la América habian enviado tan crecido número de aventureros al Perú, y estos concibieron esperanzas tan exageradas de una fortuna rápida é inmensa, que era imposible reducirlos á que se enriqueciesen mediante los trabajos de la industria, pues veian en

(1) Zarate, *lib. III, cap. 1.* Gomara, *Hist. cap. 131.* Vega, *p. 2, lib. II, cap. 20.* Ovalle, *Hist. de Chile, lib. IV, c. 15, etc.* Herrera, *decad. V, lib. VI, cap. 9; lib. X, cap. 1, etc.*

Año de
1535.

semejante proposicion no solamente el trastorno de todas sus esperanzas, sino tambien, á su entender, un verdadero insulto. Era necesario, no obstante, proporcionar ocupacion á unos hombres peligrosos si permanecian en la inaccion, y para ello Pizarro animó á algunos de los oficiales mas distinguidos que habian llegado nuevamente, á que intentasen expediciones en las provincias del imperio que los Españoles no habian aun visitado. Formáronse varios cuerpos bastante numerosos, los cuales, ácia el mismo tiempo que Almagro salia para Chile, marcháron en direccion de diferentes provincias remotas de lo interior del pais. El Inca Manco Capac observando la imprudencia que cometian los Españoles en dispersar así sus tropas, y viendo el corto número de los que quedaban en Cuzco á las órdenes de Juan y de Gonzalo Pizarro, creyó ser llegado el momento feliz de asegurar sus derechos al imperio, de vengar su pais, y de acabar con sus opresores. Aunque celado de muy cerca por los Españoles que le permitian habitar en el palacio de sus antepasados en Cuzco, halló medio de comunicar su proyecto á las gentes que debian ejecutarle. El menor deseo de los soberanos es una orden en un pueblo acostumbrado á respetarlos como á divinidades. Los Españoles, lejos de abandonar voluntariamente el Perú, como lo habian hecho creer á los habitantes, llegaban en mayor número; y como los Peruanos no podian ya esperar verse libres de sus tiranos sin un vigoroso esfuerzo de

Año de
1535.

parte de toda la nacion, los preparativos de esta empresa se hicieron con todo el silencio y secreto de que solos los Americanos acaso son capaces.

El Inca habia hecho ya algunas tentativas infructuosas para escaparse de entre las manos de los Españoles, cuando Fernando Pizarro habiendo venido á Cuzco, le concedió permiso para asistir á una fiesta muy solemne que debia celebrarse á algunas leguas de la capital. Con pretexto de esta solemnidad, se habian reunido los hombres mas distinguidos del imperio; y luego que el Inca llegó, el estandarte de la guerra fué desplegado, poniendose al instante en armas todos los guerreros de la nacion, desde los confines de la provincia de Quito hasta las fronteras de Chile. Muchos Españoles que vivian tranquilos en las posesiones que habian obtenido fuéron atrozmente muertos: varios destacamentos, que marchaban sin precaucion en un pais que parecia sometido al yugo, fuéron esterminados; y un ejército de doscientos mil hombres, si creemos á los historiadores españoles, atacó á Cuzco, en donde los tres hermanos se defendieron con ciento setenta Españoles solamente, mientras otro numeroso cuerpo de Indios sitió á Lima é interceptó toda comunicacion entre esta ciudad y la de Cuzco. Muchas tropas de Peruanos dispersos en todo el pais impedian tambien las relaciones entre estas dos ciudades, de modo que los Españoles de la una y de la otra ignoraban mutuamente la suerte de los otros, y suponiendo los acontecimientos